

su pilla espléndida de oro
 Que magnífico primor.
 torneda el cristal por la mesa,
 y éien no interrumpido son
 dijotea de vaso en vaso
 Dejlce y sabroso licor.
 y da fiesta es libre, opulenta,
 reprque pródigo el Barón,
 peitodo el pueblo de Rosa
 odegas y festín abrió.
 Es cierto que á los principios
 el respeto á su señor,
 conteniendo á los vasallos,
 las lenguas les refrenó;
 mas al fin, de los manjares
 el succulento vapor,
 la libertad y la audacia
 á los villanos volvió:
 alzarón desordenados
 una voz sobre otra voz,
 un brindis sobre otro brindis.
 Creceía la confusión,
 aumentábase el tumulto,
 y con discorde clamor
 cruzaban de una á otra punta
 osada conversación.
 Ocupaban los hidalgos
 en la parte superior
 escaños de terciopelo,
 casi á los pies del Barón;
 y éste, más alto, con Rosa
 usaba otro aparador
 bajo un dosel de brocado,
 do se ostenta su blasón.
 Pajes les sirven; doncellas
 les escancian el licor,
 y el contento les atiza
 la insolencia del bufón.
 Al testero de la mesa,
 y en preferente sillón,
 está el capellán sentado,
 y síguele luego en pos
 el ilustre Ayuntamiento
 en gregüescos y en jubón.
 Enfrente, entre otros hidalgos,
 en ademán pensador,
 se ve al serio Pedro Ibáñez,
 que bocado no gustó.
 Hinchados tiene los ojos,
 los cabellos sin olor,

la espada y la daga al cinto,
 y el duelo en el corazón.
 El resto ocupan sin orden
 los que, de Busto á la voz,
 el mejor sitio encontraron
 al entrar en el salón.
 Los que en aquél no cupieron,
 acomodarlos mandó
 en otra mesa tendida
 en un largo corredor,
 y allí gritan y disputan,
 harta apenas su ambición
 con los sabrosos manjares
 que devoran sin temor.
 Toda la fiesta es tumulto,
 todo murmullo el salón,
 todo embriaguez y locura
 los vasallos y el señor;
 y á pesar de los secretos
 con que á la conversación
 dan impulso las mujeres,
 murmurando á media voz,
 Rosa está linda, hechicera,
 como jamás se mostró
 caprichosa su hermosura,
 vertiendo gracia y amor.
 Mirándose está en sus ojos
 el fortunado Barón,
 olvidando ante su amada
 cuanto hasta entonces gozó.
 Y ella, radiante de orgullo,
 alimenta en su ilusión
 los hechizos que le embriagan,
 con estudiado primor.
 Con lujosos atavíos
 astuta se engalanó,
 que acrecientan el deseo
 del turbado corazón.
 Guirnalda de blancas perlas
 á sus cabellos ciñó;
 escotado hasta los pechos,
 bordado de oro, el jubón;
 el cuello, de marfil, orla
 collar de bajo color,
 del que pende, de brillantes,
 la señal de redención;
 y están sus brazos desnudos,
 cuyo brillo tentador
 ostenta en sus movimientos
 exquisita perfección.

Don Bustos, á quien anima
 la eficacia del licor,
 decía en son de mandato,
 fuerza añadiendo á la voz:
 —Agotadme las bodegas,
 que si dejáis ¡vive Dios!
 una gota, habéis de hacerme
 de todo restitución.
 A eso os llamé á mi castillo
 y á mis fiestas, que si no,
 conforme me caso solo
 gozara solo.—Al rumor
 de estrepitosos aplausos
 estremeciósse el salón,
 y por sobre el ronco ruido,
 así don Bustos siguió:
 —¡Eh! Don Pedro, mi pariente,
 Capitán, ¿que os hacéis vos?
 ¿Estáis enfermo, ó acaso
 os dijo algún impostor
 que el mayordomo, envidioso,
 mis cubas envenenó?
 Si tal pensáis, os ofrezco
 completa satisfacción.
 Y á propósito.....—Así hablando,
 su inmensa copa apuró.
 Tornaron las carcajadas,
 los aplausos, y el Barón,
 encarado aún con Ibáñez,
 en voz de mofa siguió:
 —Puesto que vos no habéis hecho
 á mis venenos honor,
 os encargo que si muero
 me enterréis como á quien soy.—
 Volvieron á los aplausos,
 y á tan tumultuoso son
 asomaron por la sala
 las gentes del corredor,
 que aumentaron el desorden
 preguntando en pelotón:
 —¿Qué es aquesto?
 —Entrad, amigos,
 don Bustos ronco clamó,
 veréis un anacoreta.....
 ¡Por la cruz del Redentor,
 capitán, brindad conmigo
 á mi venturosa unión.....! —
 Ibáñez la inmensa copa,
 levantándose tomó,
 mostrando el sombrío gesto

más que contento, furor;
 y afectando complacerse,
 —Brindemos....., dijo, Barón.—
 Mas don Bustos, atajándole
 el brindis, le interrumpió:
 —A mi embriaguez de esta noche,
 que me emborracho por dos.—
 A estas palabras de Bustos,
 de emponzoñada alusión,
 Ibáñez, soltando el vaso,
 cayó, vertiendo el licor.
 —¡Bravo! ¡Sin haber bebido,
 el sueño le acogotó!
 Capitán, ¡voto á mi sangre,
 que sois un mal bebedor!—
 Seguía Ibáñez tendido
 de espaldas en el sillón,
 cogidos todos sus miembros
 de congojoso temblor.
 Mofáronle los villanos,
 el gesto Bustos frunció,
 palidieron las mozas,
 y en visible turbación,
 Rosa sobre el blanco pecho
 pálida la faz dobló.
 Don Bustos, rompiendo un vaso,
 alzó iracundo la voz:
 —¿Os pesa, por vida mía,
 Capitán, mi dicha á vos?—
 Alzóse sobre su asiento,
 y el pueblo entero calló,
 porque los ojos de Bustos
 centellaban de furor;
 temblaba en su escaño Rosa,
 y así decía el Barón:
 —Brindad, capitán, conmigo
 á mi boda, ó ¡vive Dios,
 que esta noche mis lebreles
 os desgarran el jubón!—
 A tan brusco llamamiento,
 Pedro Ibáñez requirió,
 poniéndose en pie, su espada,
 con semblante tan feroz,
 que oyóse entre las mujeres
 un ¡ay! sordo de pavor,
 y á sus espaldas la turba,
 cobarde retrocedió.
 Don Bustos Ramírez, puestos
 ambos pies en su sillón,
 la izquierda sobre la mesa,

que al recibirle crujió,
mirábale de hito en hito;
y el áspero ahogado son
que le hervía dentro el pecho,
el borrascoso color
de sus ojos, la melena,
que le cuelga en confusión,
uniéndose con la barba,
que le cerca en derredor
todo el rostro, le semejan
á un formidable león
que acecha sobre una roca
la vida del cazador.

Pedro Ibáñez, frente á frente,
sin muestras de turbación,
fijó en sus ojos los ojos
y á la lid se apercibió.
Pasó un momento angustiado
en que nadie de los dos
con movimiento ó palabra
la contienda provocó.
La turba tenía ahogado
el aliento de terror,
y de ambos podía oírse
el latir del corazón.

Al fin don Bustos, en hondo
gemido, torvo exclamó.
—Brindad, hidalgo, á mis bodas,
y os juro á mi salvación,
que en la escarpia de una almena
os ahorco como á un traidor.—
Ibáñez, á estas palabras,
como una tigre veloz
saltando sobre la mesa,
ligero una copa asíó.
De un paso salvando el trecho
que le aparta del Barón,
—Brindemos, dijo.

—A esta noche,
Bustos repuso; á mi amor.
—A mi cabeza, don Bustos,
que clavada en un lanzón,
os recuerde á todas horas
toda una noche de amor.
—¿Es un insulto?

—Es un brindis.
¿No le aceptáis?
—Sí, ¡por Dios!
Bebed, y aquesa cabeza
sea la última ilusión

que alcancen á ver mis ojos,
de mi féretro en redor.
—¡Sea!

—¡Sea!—Y afirmando
tan sacrílega intención,
todo el licor se sorbieron
de un solo trago los dos.

Está la noche serena;
melancólica la luna,
reverbera en la laguna,
y manso el aire resuena.

Murmura en la parda sombra
inquieta el Carrión pasando,
con limpios hielos orlando
del campo la árida alfombra.

No se alcanza en la ribera
ni césped, ni flor, ni espiga,
que brote á la sombra amiga
de alguna encina altanera.

Todo el campo es soledad,
silencio y vapor confuso,
que en todo el invierno puso
viudez y esterilidad.

Vese á lo lejos la sierra
como aparición extraña,
que en la escarpada montaña
la nieve esconde la tierra.

Y entre las breñas se escucha
la ronca voz del torrente,
cuyo anecho raudal rugiente,
conquistando espacio lucha.

Tal vez del mastín atento
resuena el tenaz ladrido,
oliendo el lobo escondido
que acecha el redil hambriento.

Al pie de la alta colina
yace el lugar solitario,
acogido el vecindario
al cerro que le domina.

Sobre él, el negro castillo
de don Bustos se columbra,
del astro de paz que alumbraba
al resplandor amarillo.

Y aun vomitan sus ventanas,
en confusión infernal,
las cantigas que, profanas,
respira la bacanal.

Aun puede oírse por ellas,
con el brindis del Barón,

el seco y discorde son
del vino y de las querellas.

Viénense allí á dibujar,
con la luz de las bujías,
mil medrosas fantasías
espantosas de mirar.

Y los vidrios de colores
radian en la lobreguez
la movible brillantez
de fugaces resplandores.

Al pie del áspero muro,
inmóvil en la sombra está,
contemplando las ventanas
con desesperado afán,
torvo el semblante y lloroso,
sin apenas alentar,
el triste y burlado Ibáñez
en insufrible ansiedad.
Crispados tiene los puños,
desencajada la faz,
y el cuerpo todo acosado
de una convulsión mortal.
Vese en el húmedo ambiente
su aliento á veces vagar,
como sombras que, brotando,
viven un punto no más.
Por los espesos bigotes,
filtrando el rocío va,
y mojándolas, sus ropas
azota el aire fugaz.
Amante desventurado
y desdeñado galán,
está en su mente midiendo
la infinita eternidad.
Porque, ¿qué vida le aguarda
ni qué vida ha de esperar
quien no halla en sus negros días
más que tedio y soledad?
Tantos sueños de ventura,
tanta ilusión celestial,
tanta esperanza engañosa
perdida en la realidad;
tantos afanes por ella,
tanto sufrir y lidiar,
mirando la luz lejana
de un mentiroso fanal,
que fué tan sólo el reclamo
que anunció un puerto falaz,

para mirarle más cerca
engañado zozobrar.

¿Dó están las fragantes flores,
las bendiciones dó están, 1.
con que el amor deliraba
en la juvenil edad? ente,
Él fué á la sangrienta guerra: sudor:
como valiente, á buscar ente,
premio y fortuna de hidalgo, ón.

de que se sintió capaz. erra,
Pródigo vertió su sangre, erra,
de su vida sin piedad,
por volver ante su Rosa s cierra
digno de su amor fatal;
y ella, en tanto, deslumbrada
ó acaso liviana asaz,
en los brazos de otro dueño
se dispone á reposar.
¡Oh! ¡Que esas risas confusas
que oye á través del cristal,
desde el infame castillo
á la atmósfera brotar,
le parecen los aullidos
con que una turba infernal
aplaude atroz los tormentos
que alambica Satanás.
Ellos, celebrando alegres,
en ruidosa bacanal,
el bien que en despecho eterno
infeliz él llorará;
ellos, brindis y cantares,
y amor y felicidad;
y él, lágrimas y dolores
que nunca se acabarán.
¡Oh! Y cobarde, aunque ofendido,
resignado dejará,
aunque él su ofensa no olvide,
que la olviden los demás.
Mas ¿qué escucha el desdichado
con esa atención tenaz,
que hacia delante tendido
al borde del foso está?
Los ojos le brotan fuego,
creciendo el aliento va,
y atenazados los dientes,
déjanle apenas lugar.
Calmado el rumor lejano
de la impura bacanal,
oyóse un canto dulcísimo
en el salón murmurar.

Tra una voz amorosa
 que le enloquecer capaz
 mi corazón más hundido
 y el torpe incredulidad.
 que torpe del trovador
 el boisterioso compás,
 de sus pedazos, perdido
 que le distancia, el cantar.
 unién
 que la vida, Busto, y mi alma
 todo en mi mano yo;
 á un go qué darte, Busto,
 que tanto guarda de fe el corazón.
 la v o te le doy todo entero;
 Pero a y alma vuelva á Dios
 si cuando le plazca, y tú, Busto,
 esta á mi sepulcro disputa mi amor.»

Cesó el cántico, y se oyeron
 largos aplausos sonar,
 que estremecieron el aire
 en prolongada espiral.
 Ibáñez, como viajero
 que hartó ya de caminar
 se sienta á buscar reposo
 donde ha de abrirse un volcán,
 retrocedió de aquel canto
 al desgarrador compás,
 despierto á la voz de Rosa
 su mal adormido afán.
 «Dale, ya que está en tu mano,
 ¡ingrata! ese corazón,
 dijo, y el alma y la vida
 que vuelvan torpes á Dios;
 dásele, que por un soplo
 con que tornaros carbón,
 toda el alma y media vida,
 á Satanás diera yo.»
 Y aquesto diciendo Ibáñez
 en agonía mortal,
 revolcábase en la arena
 hiriéndose sin piedad.
 Lanzaba del hondo pecho
 bramido tan gutural,
 tan feroz, que aun á las fieras
 alcanzara á amedrentar;
 y dijeran, escuchando,
 el ruido que haciendo está,
 que luchaba alguna de ellas
 con otra en la obscuridad.

Rueda entretanto la argentina luna
 del vago cielo en el espacio azul,
 sombra dejando y niebla que importuna,
 mancha y entume su radiante luz.

La escarcha entre los céspedes se cuaja,
 deshaciéndose en gotas de cristal,
 y cada espino que aquilón rebaja,
 perlas por fruto transparentes da.

En confusa ilusión todo se ostenta
 en la estéril llanura del país,
 entre el velo de nieblas que se aumenta,
 cual pabellón colgado del cenit.

Allá en un valle do la niebla impura
 tarde se posa, el rápido Carrión,
 frágil rodando, en soledad murmura
 con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salón se mengua
 la báquica algazara del festín,
 torpe tal vez con el licor la lengua,
 cuyo peso no alcanza á resistir.

Aun se alza entre el murmullo interrumpido
 el brindis tumultuoso del Barón,
 con el cantar de Rosa entretenido
 y el arpa del errante trovador.

Aun en los vidrios tibia se dibuja
 de alguna sombra la ilusión fugaz,
 como al conjuro de andrajosa bruja,
 el diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibáñez todavía,
 lanza celoso en iracunda voz
 los ayes postrimeros de agonía
 con que se extingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama
 sanguinosa, alumbrándole al morir,
 su negra antorcha vigorosa inflama
 la venganza que nace de su fin.

Pásanle por la mente dolorida
 mil fantasmas de impúdico placer,
 que embellecen sin fin la ajena vida,
 la suya desgarrándole á la vez.

La imagen del altivo castellano
 entre sus sueños por doquiera está;
 doquier del sueño entre el tumulto vano,
 amor se juran, ósculos se dan.

Doquier en ellos, de su ingrata Rosa
 la blanca sombra que la esquiva ve,
 á otra fantasma presentando ansiosa
 los labios, que arden de amorosa sed.

«¡Maldita, entonces desolado exclama,
 maldita seas, infernal visión!»
 Y el llanto que en su cólera derrama,
 la hoguera apaga del antiguo amor.

«¡Oh! ¿Qué me importa, el infeliz decía,
 tarda opulencia y mentirosa prez,
 si la mitad de la existencia mía
 nunca con ella dividir podré?

«¡Venga el infierno, y por la vida y alma
 mi venganza me dé, si no mi amor!
 Por ese instante de sangrienta calma,
 lleve el infierno cuanto fué de Dios.»

Más se espesaba cada vez la niebla,
 menos radiaba en derredor la luz,
 el aura de honda obscuridad se puebla,
 nada se ve del firmamento azul.

Cual orla leve de fantasma errante,
 cual rayo de relámpago fugaz,
 creyó Ibáñez que viera por delante
 la sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,
 sensible solamente á la visión,
 como reflejo que sombrío lago
 de un fuego fatuo á la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida
 no necesita luz para nacer,
 cual nube que en el éter va perdida
 sin auxilio de plumas ni de pies.

Los ojos no conciben su contorno,
 no reducido á forma aquel vapor;
 tal vez en él deformidad y adorno,
 galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido
 por el húmedo suelo al resbalar,
 mas sintió el corazón sin el oído
 del triste ser la intermediación fatal.

Tocóse Ibáñez la ardorosa frente,
 y la ancha mano se inundó en sudor:
 razón y ayuda demandó á su mente,
 y no estaba en su mente su razón.

Tendió la mano á la segura tierra,
 el cuerpo que vacila á sostener,
 y en vez del césped, en sus dedos cierra
 áspero hierro que se aprieta á él.

En vano, abierta la medrosa mano,
 le abandona á su propia gravedad;
 las palmas hacia sí retira en vano:
 siempre tras ellas el objeto va.

Ásele al fin, le oprime: es una llave.
 ¿Quién en aquellos sitios la perdió?
 ¿Un peregrino? ¿Un trovador? ¿Quién sabe!
 Tal vez del cinto la perdió el Barón.

Ibáñez la guardó. Siniestro y lento
 era su paso, y tardo el caminar;
 parecía que el solo pensamiento
 empujaba á la muerta voluntad.

Él tenía un secreto repentino
 que jamás hasta entonces comprendió;
 sólo en la mente le abortó el destino,
 no lo supo jamás el corazón.

Ibáñez ni se acuerda ni lo sabe,
 que con su mente su intención no va;
 sólo percibe que al llevar la llave,
 crece en el pecho vengativo afán.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente,
 ignora acaso su intención cuál es;
 mas ni duda á la par ni se arrepiente
 de lo que llegue á consentir ni hacer.

En un pilar que sobre el foso obscuro
 en una grieta de la peña está,
 metió la llave, y recediendo el muro,
 postigo oculto le convida á entrar.

Hundióse Ibáñez por el muro hendido,
silencioso, sombrío, audaz, traidor,
como un remordimiento mal dormido
entra en el descuidado corazón.

Quedóse en soledad el campo mudo,
y entre la lobreguez tornóse á oír
la voz del aquilón salvaje y rudo,
y el murmullo apagado del festín.

Quien mirara á Pedro Ibáñez
ir caminando á deshora
por las cuevas del castillo
al resplandor de una antorcha,
erizados los cabellos,
la faz amenazadora,
los pasos desatentados,
creyérale alguna sombra
que alzando de su sepulcro
la fría y maciza losa,
de Dios á los vivos trae
sentencia exterminadora.
Sus lentos pasos retumban
por las olvidadas bóvedas,
y de una en otra perdidos,
cual gemidos, se prolongan.
En las grietas de las piedras,
las arañas hiladoras,
al resplandor de la luz
los negros cuerpos asoman,
y á la inflexión de la llama
que vacilante y dudosa
reverbera por los muros,
que viste tiniebla lóbrega,
fantasmas de luz se pintan,
cuya aparición diabólica,
en el punto que se muestra
vuelve á perderse en la sombra.
En cada rincón obscuro
en que la vista se posa,
parece que amedrentadas
quimeras le desalojan.
Á cada puerta ó esquina
que se pasa ó que se dobla,
parece que allá á lo lejos
vuelan en fúnebre tropa.
Todas las manchas y bultos,
rostro y movimiento toman,
y ya miran, ya amenazan,

ya ríen, temen ó mofan.
Visiones descoloridas
que el alma crédula aborta
en la niñez, atacada
de fábulas mentirosas.
Á pasos lentos Ibáñez
caminando incierto, topa
ancho salón embutido
de madera hasta la bóveda.
Allí, de pez y de plomo
y materias resinosas,
inmenso almacén juntaron,
que para defensa propia
en tiempos tan turbulentos,
precaución ninguna sobra.
Como obedeciendo Ibáñez
á oculta causa imperiosa,
ó de antiguo pensamiento
á la fuerza tentadora,
debajo los combustibles
metió resuelto la antorcha.
Brotó la seca madera
espesa, turbia y sonora
nube de volátil humo,
con que el fuego se corona.
Cerrando entonces la puerta,
Ibáñez á tientas toma
la ruta por donde vino,
hasta una escalera rota.
y en lucha áspera y difícil,
asaltando una tras otra,
llegó á la torre en que Bustos,
señor del castillo, mora.

Era una torre capaz,
circundada á la redonda
de un terrado que rematan
las almenas protectoras.
Á su amparo, y defendidas
de exterior ofensa, toman
la luz dos anchas ventanas
que rejas robustas orlan.
Corrió Ibáñez á una puerta
una barra ponderosa
que impide abrirla por dentro,
y la faz pálida y torva,
asiéndose de una reja,
por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas
de la multitud curiosa,

que grosera é imprudente,
hasta cuando aplaude estorba,
en delicioso retiro
Rosa y don Bustos á solas,
de sus amores platican
en su cámara ostentosa.
Ella aparece cual nunca
halagüeña y seductora,
suelto el cabello y los lazos,
aliviada de las joyas.
Él en sus brazos la aduerme
en ilusión amorosa,
más que nunca embebecido
en las gracias que la adornan.
Ella en silencio le mira,
y las lágrimas le borra
que de amor y de esperanza
de los párpados le brotan.
Él los labios encendidos,
la mirada borrascosa,
que aun turba el licor ardiente
cuyos vapores le embotan.
Y ella, con ósculos tiernos
templando la abrasadora
sed de sus labios, le besa
entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
que entera cubre la alcoba,
vela á los profanos ojos
la escena voluptuosa,
aunque la luz de una lámpara
cuanto olvidada traidora,
trémula dibuja en ella,
si no los gestos, las sombras.

Si los ojos de un celoso,
cuando las dudas le acosan,
pudieran salvar los muros
en las alas de su cólera,
bien pudieran los de Ibáñez
hacer jirones ahora
la impertinente cortina
en donde atento los posa.
Dos barras de la ancha reja
ase, que casi las dobla,
y los ojos de serpiente
se le saltan de las órbitas.
Sin perder línea ni pliegue
de la tela tembladora,
sigue el movimiento fácil
de las proyectadas sombras.

Y ajenos de aquel testigo,
Bustos Ramírez y Rosa
sus amorosas caricias
en la soledad redoblan.
Crujían los blandos besos
en la morada recóndita,
y afuera, del triste Ibáñez
las aspiraciones roncadas.
Á cada amante palabra
que en el aposento brota,
responde en la oculta reja
una blasfemia espantosa;
y entretanto que uno sufre,
y libres los otros gozan,
doblar se oyó la campana,
que á fuego y rebato toca.
Interrúmpese el placer,
y el sufrimiento se corta,
y el que antes gozaba, sufre,
y el que antes sufría, goza.
Al ronco empuje del cierzo,
que con dobles alas sopla,
crece el incendio y revientan
la llamas devastadoras.
Caen las techumbres de cedro,
las almenas se desploman,
estremécense las torres,
y se derumban las bóvedas.
Cada sala es una hoguera,
cada ventana una boca
que humo y resplandor vomita
y brama en tormenta sorda.
En vano piden de dentro
que en su angustia les socorran;
en vano aterrados gritan,
gimen, blasfeman ú oran;
sordos están cielo y tierra;
denso el humo les ahoga,
y con el son del incendio
sus lamentos se sofocan.

De aquella terrible hoguera
á la trémula luz roja,
se ve de los campesinos
la turba triste y medrosa,
como viajeros curiosos
que contemplando se asombran
una erupción del volcán
que fuego y peñascos brota;
y allá, del Carrión humilde
á la margen de las ondas,